

Historia compartida, memoria disputada: La Ripa y Moret como baluartes de una identidad comparada entre Navarra y Aragón

Shared History, disputed memory: La Ripa and Moret as bulwarks
of a compared identity between Navarra and Aragón

Víctor Manuel LÓPEZ CALVO

Doctor por la Universidad de Alcalá

Resumen: La identidad colectiva ha sido uno de los asuntos más complejos a la hora de estudiar las relaciones de los territorios entre sí y consigo mismos. En la península ibérica esta complejidad se incrementa porque, a lo largo de la modernidad, confluyen construcciones identitarias heredadas de los reinos medievales con un proyecto homogeneizador. En este contexto, a lo largo del siglo XVII se establecen una serie de polémicas historiográficas entre navarros y aragoneses en el afán de reivindicar su lugar en la superestructura que se estaba gestando: esgrimen su pasado como argumento. El jesuita padre José Moret y el benedictino fray Domingo La Ripa serán los protagonistas de una confrontación que había mantenido unas primeras batallas a principio de siglo y que ahora, entre 1665 y 1685, se retomará en un momento en el que la monarquía tomaba una deriva diferente y se dirigía al final de una época.

Palabras clave: Identidad; precedencia; polémicas; Sobrarbe; Aragón.

Abstract: Collective identity has been one of the most complex matters concerning the study of a territory's relationships both between and within itself. In the Iberian Peninsula this complexity only amplifies as, throughout the modern age, constructions of identity inherited from the medieval kingdoms have coexisted with the process of homogenization. In this context, throughout the XVII century a series of historiographic controversies came to the fore between the Navarran and Aragonese communities who were eager to claim their place in the super structure then in formation by brandishing their past as the principle argument. The Jesuit father, José Moret and the Benedictine fray Domingo La Ripa, would become the protagonist of a confrontation that sustained some of the first battles at the beginning of that century and that later, between 1665 and 1685 would be resumed at a time in which the monarchy was adopting a different course that would lead towards the end of an era.

Keywords: Identity; precedence; controversial; Sobrarbe; Aragón.

Sumario: I. Navarra y Aragón: el dilema de los Habsburgo. II. La embestida de Moret: Navarra pasa a la acción. III. La Ripa y Moret: el renacer de las polémicas.

I. Navarra y Aragón: el dilema de los Habsburgo

No supone ninguna novedad aventurar que la historia de España y sus territorios, y la Edad Moderna no podía ser menos, está marcada por dos tendencias claramente diferenciadas pero necesariamente complementarias: por un lado, una idea centrípeta y homogeneizadora que pretendía resucitar el espíritu de la Hispania romano-visigoda; por otro, una serie de trayectorias sectorizadas que buscaban mantener e incluso reforzar los rasgos diferenciados que habían surgido a lo largo de la Edad Media en cada uno de los diferentes reinos de la península. De cualquier manera, estas dos visiones de las realidades colectivas, presentes en Navarra y Aragón, configuraron las relaciones de cada territorio consigo mismo, con los demás y con la superestructura que se estaba construyendo. Por ello, estas tensiones políticas, identitarias, económicas y sociales acabarían transformándose en una lucha por la subsistencia de la identidad particular, planteada sobre cuatro conceptos fundamentales: *antigüedad y precedencia, fidelidad, pureza y cristiandad*. Y todos ellos se resumían en uno: *supervivencia*.

Aragón y Navarra intentaban separarse del goticismo castellano dominante como vertebrador de esa *España* en ciernes y pretendían hallar su propio camino sobre un abanico de leyendas y mitos que no siempre eran exclusivos¹. Había que demostrar que eran iguales o más antiguos que Castilla y que los demás, que siempre habían sido fieles a sus reyes, que su sangre era la más pura, y que fueron, son y serían fieles al Santo Padre de Roma. Ambos se encaminaron sin ningún escrúpulo a la búsqueda de la dignidad y el prestigio, relegando habitualmente la verdad y el respeto a los reinos vecinos. Y en esa huída hacia atrás sufrieron y provocaron numerosos encuentros y desencuentros con el reino vecino en esta alocada carrera hacia una meta no siempre clara.

Navarra será uno de los referentes principales a tener en cuenta en esta persecución de ese mundo perdido que todavía refulgía en la memoria de los reinos y sus habitantes. Su polémica y compleja incorporación a la monarquía, su especial relación con Aragón y los territorios vascos y su ascendiente sobre las dinastías medievales hispanas, otorgaban a este reino un papel clave en un momento en que se disolvían las estructuras particulares de cada reino.

1. Pablo Fernández Albaladejo, «Entre 'godos' y 'montañeses'. Avatares de una primera identidad española», en A. Tallon (ed.), *Le sentiment national dans l'Europe méridionale aux XVI et XVII siècles*, Madrid, Casa de Velázquez, 2007, pp. 123-154.

Ya Gellner verbalizó este estado como *dilema de los Habsburgo*²: solo se lucha por aquello que está a punto de perderse. Y en esta coyuntura se generaron una serie de estructuras en cada reino para configurar, sin importar si se realizaba desde la verdad o la invención, una imagen que pudiera esgrimirse como argumento. Y esas construcciones iban a devenir en unas identidades que no eran sino el canto de cisne de un proceso de pertenencias y rivalidades de casi mil años y que iban a generar debates y discusiones, especialmente entre territorios que compartían pasado, mitos y ambiciones. Por ello, la historia y los historiadores se erigieron en uno de los principales peones del juego de poder en que se convirtió el tablero hispano, algo compartido por el resto de reinos europeos³.

La pugna de salón en forma de confrontaciones historiográficas navarro-aragonesas puede que no pasara de ser un juego entre elites intelectuales, pero supuso el epílogo de una forma de entender el coso hispánico en pleno amanecer del *corsé* que acabaría abrazándoles. Ante la eclosión de los *patriotismos étnicos* modernos⁴, los relativos a entidades territoriales como Navarra y Aragón, integrados en conjuntos mayores, acabarían mutilados, absorbidos o instrumentalizados.

En el caso de Navarra, se trató de una confrontación poliédrica que se inició en clara competencia con el reino de Aragón, que sabedor de la importancia de la memoria del reino para construir su identidad en tiempos de lucha por liderar el proyecto hispano y temeroso de que su impronta se diluyera ante la pujanza castellana creó en 1547 el puesto de cronista del reino. De esta forma intentaba competir con Castilla en la carrera por la construcción de la memoria particular y general y adelantaba a Navarra, dejándola huérfana de un arquitecto del edificio de su historia por más de un siglo. Este hecho, aparentemente menor, dotaba a los aragoneses de una valiosa herramienta y de un instrumento «político» para utilizar los acontecimientos pasados en su propio beneficio. Esa ventaja no se compensará hasta la aparición del padre Moret⁵.

2. Ernest Gellner, *Lenguaje y soledad: Wittgenstein, Malinowski y el dilema de los Habsburgo*; prólogo a la edición española Vicente Sanfélix Vidarte, Madrid, Síntesis, 2002.

3. J. Soll, *Publishing the Prince. History, Reading and the Birth of Political Criticism*, Ann Harbor, University of Michigan Press, 2005; R. L. Kagan, *Clio and the Crown: The Politics of History in Medieval and Early Modern Spain*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2009; O. Ranum, *Artisans of glory: writers and historical thought in seventeenth-century France*, Capell Hill, University of North Carolina Press, 1980.

4. Término descrito en José Álvarez Junco, *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, p. 62.

5. El primer nombramiento oficial en Castilla del que hay constancia documental es el de Juan de Mena en 1456 (Enrique García Hernán, «La España de los cronistas reales en los siglos XVI

Resulta fundamental conocer los hitos de la historia aragonesa para percatarnos de lo que supuso tener un cronista y contar con una estructura política que lo avalaba, controlaba e instrumentalizaba. Para ello hemos de tomar como referencia los sucesos de 1591. No es este el lugar de polemizar sobre el alcance, profundidad y significado de esta *rebelión*, conocida como *Alteraciones*⁶, palabra contradictoria y precavida que intentaba ocultar el alcance real de unos hechos realmente significativos y presentar al reino de Aragón como fiel y comprometido con la causa del rey. Sin embargo, resulta crucial conocer su papel en las polémicas dialécticas, historiográficas y políticas que se generaron a continuación y que tuvieron al mito de Sobrarbe, al pactismo fuerista y al papel de los reinos en la construcción de España como asuntos principales sobre el que giraron los argumentos y conclusiones. Al fin y al cabo, esas eran las bases sobre las que se sustentaba el aparato foral y el hecho diferencial de ambos reinos. Por esta herencia compartida y disputada surgieron una serie de polémicas historiográficas entre unos escritores navarros y aragoneses que se empeñaron, a lo largo de la modernidad, en convertir estos asuntos en una estrategia ideológica institucional y *nacional*.

Los siglos XVI y XVII fueron clave para la supervivencia de la *identidad navarra* en paralelo con la construcción y consolidación de la *identidad española*. La pregunta es si, siguiendo a Armstrong, Herzog y Hastings, es posible defender la existencia de una referencia identitaria, en este caso navarra, en la Edad Media y sus vicisitudes dentro del proceso de conformación del sentimiento identitario español. En definitiva, si podemos hablar de una *nación navarra* mucho antes de lo que Anderson, Hobsbawn o Greenfeld lo admitieron para cualquier comunidad de referencia; mucho antes de la existencia misma de un Estado y con independencia de él⁷.

De cualquier manera el punto de inflexión para que se desencadenaran las polémicas referidas fue 1591 y la inmediata intervención real en las Cortes Ara-

y XVII», *Norba, revista de Historia*, 19, 2006, pp. 125-150). Jerónimo Zurita fue, desde 1548, el primer cronista del reino de Aragón (vid. Jesús Gascón Pérez, «Y los cronistas de Aragón... ¿qué se hicieron? Estado actual de nuestros conocimientos y propuestas de investigación», en Antonio Ubieto (ed.), *VI Jornadas de Estudios sobre Aragón en el umbral del siglo XXI, Andorra 19-21 de diciembre de 2003*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2005, pp. 163-182). El Jesuita padre José de Moret inaugurará este cargo en Navarra en 1654.

6. Guillermo Colás Latorre, «Prólogo» en Jesús Gascón Pérez, *Bibliografía crítica para el estudio de la rebelión aragonesa de 1591*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, Diputación de Zaragoza, 1995, p. 7.

7. Tamar Herzog, *Vecinos y Extranjeros. Hacerse español en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 2006, pp. 28-29.

gonesas de Tarazona de 1592. Es este momento cuando se da el pistoletazo de salida al choque de identidades y al intercambio de escritos que defendían la honestidad de Aragón y que, para lograr sus objetivos, no dudaron en vilipendiar y ofender al vecino reino de Navarra adaptando mitos y episodios a la causa aragonesa con Vagad y Blancas como surtidores principales de argumentos⁸.

Tras este momento, en las primeras décadas del siglo XVII, y como secuela de los escritos de los llamados apologistas aragoneses, que respondían a posibles afrentas de castellanos y extranjeros hacia el papel del reino de Aragón en 1591, se inició una verdadera batalla entre memorias. En esta primera fase fueron protagonistas el abad de San Juan de la Peña, Juan Briz Martínez, punta de lanza de un selecto grupo de intelectuales aragoneses con los hermanos Argensola a la cabeza, y al etéreo escritor navarro Góngora de Torreblanca, que escondía la confusa personalidad de un supuesto Juan de Sada, tal vez denominación individualizada de una obra coral⁹. Esta confrontación quedará definitivamente enmarcada alrededor de Domingo La Ripa y José Moret medio siglo después y en un contexto completamente diferente. Será en esta segunda fase cuando resurgirá como una batalla de identidad colectiva y como una lucha para reformar desde dentro una monarquía debilitada. Y este aspecto resultará clave en los momentos previos al desmantelamiento del sistema de los Habsburgo en vísperas del ascenso de los Borbones.

Estas polémicas historiográficas, ya abordadas por Floristán Imízcoz¹⁰, no hacen sino trasladarnos a la función de la historia y los historiadores; no solo como arqueólogos del conocimiento, sino como soldados al servicio de una causa: la justificación del presente, la reivindicación de un futuro, la compensación de un agravio, el establecimiento de precedencias, la demostración de glorias y grandezas... La historia, tomada como argumento al servicio de las instituciones políticas, se convierte en arma. Un arma que hace de la *narración interesada* un estilete con doble filo: el que se blande contra el enemigo y el que se dirige a aleccionar a sus propios partidarios, configurando las conciencias colectivas y las memorias históricas¹¹.

8. Hablamos de las obras de F. Vagad, *Crónica de Aragón* (1499), y de J. de Blancas, *Comentarios de las Cosas de Aragón* (1588).

9. Isabel Ostolaza Elizondo, «Debates historiográficos entre cronistas de Navarra y de Aragón en el siglo XVII: a propósito de la Historia apologetica y descripción del Reino de Navarra atribuida a Juan de Sada y Amézqueta», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 80-81, 2005-2006, pp. 227-252.

10. Alfredo Floristán Imízcoz, «Polémicas historiográficas y confrontación de identificaciones colectivas en el siglo XVII: Navarra, Aragón y Vasconia», *Pedralbes*, 27, 2007.

11. Alfredo Floristán Imízcoz, «Ex hostibus et in hostes. La configuración de identidades colectivas como confrontación múltiple: Navarra entre Sobrarbe y Cantabria (siglos XVI-XVII)», en B. J. García García y A. Álvarez-Ossorio Alvariño (coords.), *La monarquía de las naciones: patria, nación y naturaleza en la monarquía de España*, Madrid, Fundación Carlos de Amberes, 2004, pp. 327-354.

En el caso del reino de Navarra, hemos de considerar que llegó debilitado a la modernidad tras un largo y denso recorrido desde una inicial entidad diferenciada. Su trayectoria había desembocado en una comunidad identitaria claramente definida alrededor de unos nítidos iconos de referencia, pero se veía arrastrada a una integración forzosa en el conglomerado hispánico. En esta tesitura, el siglo XVII se convertirá en un escenario complejo y determinante, en especial desde la tensión que generaba el avance en la construcción del armazón hispánico como una superestructura homogeneizadora y absorbente.

El paulatino reequilibrio entre las dos fuerzas, centrífuga y centrípeta, que pugnaban por mantener y acabar respectivamente con los rescoldos medievales de los reinos que convergieron en el proyecto de la monarquía hispánica, tuvo dos momentos álgidos a lo largo de la centuria que resumen a la perfección el proceso que se vivía en las reinos periféricos. El primero de ellos surge en la segunda década del siglo, cuando estallan una serie de disputas historiográficas que tienen como protagonistas a autores y círculos de poder de Navarra y Aragón. En Aragón destacó el abad Juan Briz Martínez; por los navarros se postuló García de Góngora.

La mayor grandeza y calidad de las provincias y Reynos, Casas, Solares, y Familias, y Linages, consiste en la mayor antigüedad de sus fundaciones, è imperio, y señorío, que sobre otras Regiones, y provincias tuvieron, y conquistas, y vitorias, alcançadas de sus enemigos (...) y aver sido electores de Reyes, y Ricoshombres, y dado Coronas a otras Provincias, y tenido entre ellas precedencias en Concilios, y actos públicos, y por otras excelencias y casos, con que se suele adquerir lustre, y calidad en ascendientes, y descendientes; y que aya instrumentos, y memorias auténticas, è Historias graves que lo testifiquen. Y si la mas o menos grandeza, esplendor y nobleza dellas, consiste solo en esto, con muy solidos fundamentos, podemos afirmar del antiquisimo Reyno de Navarra, es entre los demas de España, y Francia, uno de los que con más calidades y excelencias se halla¹².

Tras esta primera fase vendrán los tensos tiempos del *proyecto olivariano* de la *Unión de Armas* y la escora del principado de Cataluña hacia posturas más frentistas. Desde 1640 el resto de los antiguos reinos (excepto Portugal) resistirán la tentación secesionista y se acercará definitivamente a la causa monárquica de los Austrias. Los puentes hacia una conciliación duradera entre monarquía y reino se afirman en estos difíciles momentos. La difícil elección entre seguridad y libertad parece decantada hacia la primera opción, aunque el aparente enten-

12. García de Góngora y Torreblanca (seudónimo de Juan de Sada), *Historia apologetica y descripción del reyno de Navarra*, Pamplona, 1628, lib. II, cap. 1, f. 9r-v.

dimiento entre las partes sufrirá múltiples presiones para decantarse hacia uno u otro lado.

Tras superar los escollos secesionistas de mitad de siglo vendrán los tiempos del último de los Habsburgo, en los que, a pesar de refrendarse en el compromiso hispano, se aprecian destellos por conservar una identidad y unos privilegios que permitían a los reinos periféricos convalidar su doble pertenencia a la par que afirmar un creciente interés por *tomar Madrid*. La idea de que solo desde la Corte se podían solventar los asuntos del reino y la conclusión de que los destinos de España y del reino iban de la mano, acabará aupándose como la fórmula para buscar progreso y prosperidad. La aparente debilidad de la monarquía, víctima de su propio *gigantismo*, será la responsable de que se haya generalizado la idea de cierto *resurgimiento foral*. No fue así. Simplemente se pretendía conservar los rasgos que habían permitido a cada reino perdurar como comunidad e introducirse en el núcleo de la monarquía para formar parte de la toma de decisiones.

El origen de la disputa hay que situarlo en la necesidad de avalar al reino del Ebro, de mayor peso político y económico desde la Baja Edad Media peninsular que el navarro, con una historia justificativa de una situación de principalidad, incrementada desde la unión de Fernando e Isabel. Todos los mecanismos fueron pocos para dotar al reino de grandeza, antigüedad, pureza y religiosidad para competir con Castilla por la cabeza de la monarquía. Tal vez pensaban que lo legendario generaba más y mejores sentimientos que lo histórico. Y es que mientras que lo mítico se dirige a lo afectivo y emocional, la historia «real» no supera el frío ámbito de lo consciente. Los mitos *navarros*, que bien podríamos llamar pirenaicos, usados y pervertidos en ambos reinos, se encargaron de cimentar una tradición suficientemente importante para unos reinos que aspiraba a reforzar una posición de privilegio en la nueva estructura. Esos mitos fueron los catalizadores de toda una doctrina pactista que, en principio siguió extrañamente la vía sobrarbiense: compleja, llena de vacíos, difícil de creer, pero enormemente imaginativa y hábilmente dotada de aderezos legendarios que facilitaban su conversión en *epopeya nacional*. Posiblemente no hubiera sido necesario, pero ayudó a construir un escenario identitario consistente¹³.

Navarra, consciente de su inferioridad, pero segura de su principalidad pretérita, tomará del pasado compartido con Aragón los mitos fundacionales y los elevará a una magnitud insospechada al asumir que realmente constituían

13. Jon Arrieta Alberdi, «Las formas de vinculación a la monarquía y de relación entre sus reinos y coronas en la España de los Austrias», en B. J. García García y A. Álvarez-Ossorio Alvaríño, *La Monarquía de las naciones*, p. 314.

el manantial de su cauce identitario. No debemos olvidar que las mentiras y las exageraciones sobre los hechos históricos acaban convirtiéndose también en hechos históricos, tal vez de mayor importancia que los tenidos por verdaderos. La forma de narrar la Historia, de adaptarla, de creérsela, de ocultarla, de deformarla, dice mucho de las sociedades. Las palabras están puestas *por algo y para algo*¹⁴.

II. La embestida de Moret: Navarra pasa a la acción

Durante mucho tiempo, tras las polémicas de los años veinte, la historiografía prescindió de las disputas por el honor de ostentar una precedencia basada en la preeminencia de la sangre primitiva o la goda o en la capacidad de resistencia a las impurezas que podían mancillar la esencia hispana o en el establecimiento del primer orden político tras el desmantelamiento del régimen visigodo. Se vivían tiempos de enemigos externos, de frentes comunes y de evitar malos compañeros de viaje que pudieran poner en peligro reputaciones y justas reivindicaciones. De esta manera la vieja rencilla entre Aragón y Navarra, nunca cerrada a la espera de la sentencia definitiva, quedó dormida y relegada por necesidades más inmediatas. Sin embargo, a partir de la segunda mitad de siglo surgieron nuevas polémicas que supusieron una reedición de las mantenidas durante las dos primeras décadas del siglo. Era el tiempo de La Ripa y Moret, pero también de muchos otros que volvieron a rejuvenecer los viejos debates sobre los primeros tiempos, la pureza originaria o la precedencia dentro de un panorama hispano que auguraba cambios y se vislumbraba receptivo a proyectos que evitaran la hecatombe¹⁵.

14. En este sentido, resulta fundamental para comprender el Aragón del XVII el libro de Jesús Gascón Pérez, *La rebelión de las palabras y oposición política en Aragón (1590-1626)*, Zaragoza, Larrumbe. Clásicos Aragoneses, 2003.

15. Cataluña y Aragón conocieron controversias historiográficas que nos ayudan en la contextualización: Jesús Villanueva López, *Política y discurso histórico en la España del siglo XVII. Las polémicas sobre los orígenes medievales de Cataluña*, Alicante, Universidad de Alicante, 2004; Xavier Baró i Queralt, *Historiografía catalana en el segle del Barroc (1585-1709)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2009; Jesús Gascón Pérez, *Bibliografía crítica para el estudio de la rebelión aragonesa de 1591*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1995; Xavier Gil Pujol, «Lupercio Leonardo de Argensola, historiador, en la historiografía de su época», en *Información de los sucesos del Reino de Aragón en los años 1590 y 1591*, Zaragoza, 1991, pp. VII-XLVIII; A. Álvarez-Ossorio Alvaríño, «Fuegos, Cortes y clientelas: el mito de Sobrarbe, Juan José de Austria y el Reino paccionado de Aragón (1669-1678)», *Pedralbes*, 12, 1992, pp. 239-291.

En ese ambiente tan poco propicio a reivindicaciones particularistas, los reinos se refugiaron en su papel de frontera de la monarquía. Apartándose del peligroso sendero catalán y del peligro allende los Pirineos, el reino de Navarra realizó un alarde de fidelidad al rey que no era otra cosa que una fidelidad a sus principios, a los que acudía por temor, por falta de arrojo o por un tradicional odio a lo francés. Solo a finales de la década de los sesenta, tras la muerte de Felipe IV y ante la expectativa de un nuevo monarca todavía niño se recuperaron argumentos y agravios para intentar sacar a Navarra del limbo en el que se encontraba. Aventurar porqué renació esta fase de virulencia dialéctica navarro-aragonesa daría para todo un proyecto, pero no cabe duda de que las expectativas de cambio en una monarquía en franca decadencia y la interinidad constante que emanaba de Madrid hacia el resto de los territorios influyeron notablemente en que éstos tomaran medidas para prepararse ante un más que posible cambio de dinastía. Los movimientos en Navarra a favor de la recuperación de la memoria del reino deben ser leídos desde la perspectiva de acuñar una carta de presentación ante posibles nuevos gestores de la monarquía hispánica.

Pero las cosas habían cambiado desde principio de siglo, y lo que fue un debate sobre la identidad y el *contrato* que debían mantener o suspender con su rey en función de unas reglas de juego, amparadas en una larga tradición y en unas particulares circunstancias, se había convertido en un debate sobre cómo revitalizar los reinos dentro de una monarquía de la que ya nadie se sentía ajeno. Ante la perspectiva de la culminación de la homogeneización hispana y en plena recesión del Imperio, se buscaron fórmulas para superar la crisis económica y política desde dentro de la monarquía. Los escenarios rupturistas quedaban atrás y se abrían paso argumentos para justificar o reclamar derechos y privilegios basado en las glorias pasadas. Aragón, con La Ripa como primer espada, buscó cimentar su principalidad y su derecho a participar en la gestión de la monarquía, incluso desde el mismo Madrid. Navarra, con Moret como primer funcionario al servicio tanto del reino como de la historia, hará lo propio para sacar a su reino del olvido, dotarle de una memoria colectiva y evitar que se diluyese su personalidad en el universo castellanizador al que parecía condenado tras más de un siglo de integración.

Sin embargo, Navarra, que había dejado transcurrir más de un siglo desde su incorporación forzada a la monarquía sin demasiados lamentos, supo encontrar un hueco por el que reformular su papel en proyecto englobador. En 1642, *rara avis* en la Europa meridional, Navarra conoció una reactivación foral que garantizaba su especial posición dentro de Castilla y aseguraba su fidelidad al rey en un momento especialmente delicado en las relaciones con el enemigo del otro lado

de los Pirineos¹⁶. Es en este contexto donde debemos situar la creación del cargo de cronista del reino, dignidad que alcanzó el padre Moret en 1654, y el inicio del fomento de las investigaciones de las antigüedades de Navarra¹⁷.

... en fecha tan avanzada como 1645, el rey y las Cortes (Navarras) establecerán una definición formal sobre la unión entre ambos reinos, definición que, evitando toda alusión a la conquista, proclamaba que Navarra fue incorporada a Castilla mediante una unión *aeque principaliter*; y declararían que los navarros tenían, en lo referente a sus nombramientos en Castilla, una naturaleza doble.

Serán estos trabajos los que supuestamente propicien el recelo del vecino reino aragonés y darán inicio a una formidable disputa con Domingo La Ripa hasta final de siglo. Moret acababa de ser nombrado primer cronista de Navarra¹⁸ en el afán de buscar y encontrar los argumentos que permitieran sustentar la identidad navarra, defenderla de los ataques externos y reafirmar su papel y el de sus notables en los entornos de decisión de la monarquía. Navarra continuaba siendo un minúsculo territorio en comparación con Aragón y, como los dos reinos formaban frontera con Francia, se esperaba un trato similar a ambos por parte del rey. Sin embargo, el pasado inmediato aragonés y la priorización por parte de los estrategas del rey de un reino que se consideró en mayor riesgo, determinaron la atención prestada a Navarra. No en vano estaban recientes las experiencias de Fuenterrabía y la sensación de que franqueada Navarra, Castilla estaba perdida. Además estaban otros argumentos como el valor estratégico y económico de los puertos del Cantábrico y la confianza en la defensa natural que significaban los Pirineos.

Pero sobre todo estaba el camino emprendido por Aragón para recuperar su lugar en el mapa político hispano, y ahí es donde surge la figura del benedictino fray Domingo La Ripa. Tras los revueltos tiempos protagonizados por la inten-

16. Alfredo Floristán Imízcoz, «Le rétablissement d'un royaume pyrénéen: la Navarre, 1642-1726», en M. Brunet, S. Brunet, y C. Pailhes, *Pays Pyreneens & pouvoirs centraux; XXVIeme-XXIemes, Colloque international*, Foix, Conseil General de l'Ariege, 1993, pp. 91-104, cit. por Xavier Gil Pujol, «La Corona de Aragón a finales del siglo XVII: a vueltas con el neoforalismo», en Pablo Fernández Albadalejo (ed.), *Los borbones: dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*, Madrid, Casa de Velázquez, Marcial Pons, 2002, p. 106.

17. Xavier Gil Pujol, «Un rey, una fe, muchas naciones. Patria y nación en la España de los siglos XVI y XVII», en A. Álvarez-Ossorio y J. García Bernardo (eds.), *La monarquía de las naciones. Patria, nación y naturaleza en la monarquía de España*, Madrid, Fundación Carlos de Amberes, 2004, p. 56.

18. Ángel J. Martín Duque, «José de Moret, primer cronista del reino», *Príncipe de Viana*, 63, n° 227, 2002, pp. 1045-1054.

tona secesionista catalana y la ola de conatos de fragmentación de la monarquía en el contexto de la guerra de los Treinta Años, llegaba ahora un nuevo tiempo de esperanzadora estabilidad. A la sombra de la inestabilidad se generó un silencio conformista en muchos rincones de la península. El miedo a ser tildado de enemigo del rey paralizó cualquier intento de reivindicaciones identitarias, económicas o políticas. Pero eso cambió al cruzar el meridiano de siglo. Las reivindicaciones regresaron, pero nada era ya igual.

De sus aportaciones historiográficas destacan dos obras: *Defensa histórica por la antigüedad del reino de Sobrarbe, consagrada a la protección ilustrísima del nobilísimo y fidelísimo reino de Aragón* (Zaragoza, 1675), y *Corona real del Pirineo establecida y disputada* (Zaragoza, 1685-1686, en dos tomos).

No cabe duda de que la figura y la obra de fray Domingo La Ripa ha llegado a nosotros gracias a la particular confrontación que mantuvo con José de Moret, cronista del reino de Navarra, entre los años 1665 y 1686. La disputa, que se inició con la publicación por parte de Moret de *Investigaciones* (1665), propiciará una serie de polémicas, cuyo primer asalto lo protagonizará un personaje secundario, el licenciado Conchillos, que convertirá desde el principio a estas tensiones dialécticas en poliédricas. Esta primera polémica nos puede servir de piedra de toque para introducirnos en la que posteriormente mantuvieron Moret y La Ripa.

En 1666, un supuesto licenciado Conchillos publicaba un *Propugnáculo* contra las conclusiones que Moret había vertido en sus *Investigaciones* acerca de Tudela. En 1667 saldría a la luz un opúsculo anónimo, irónico y despectivo, publicado con el título de *El Bodoque* contra el *Propugnáculo histórico y jurídico* del licenciado Conchillos¹⁹. Se trataba de una sátira dialogada de Moret contra el canónigo tudelano Conchillos, en realidad Jorge Alceo de Torres²⁰, ridiculizando las opiniones que éste había vertido en su *Propugnáculo*²¹ contra las *Investigaciones* de Moret. En el mismo año del *Bodoque* de Moret, respondería Conchillos con *Desagravios del Propugnáculo de Tudela contra el trifuace Cervero, autor del Bodoque* (Sebastián Sterlin, Amberes, 1667), atacando a Moret hasta en su vida privada y

19. *El Bodoque contra el propugnáculo histórico y jurídico del licenciado Conchillos*. Por Fabio, Sylvio, Marcelo, en Colonia Agrippina, por Seuerino Clariey, año de 1667, vid. Ángel J. Martín Duque, «José de Moret», p. 1048, donde se indica que: «El padre Moret se dejó arrastrar a la palestra del absurdo debate y replicó con pseudónimo y pie de imprenta imaginario» con el objetivo de eludir las licencias y aprobaciones.

20. Roldán Jimeno Aranguren, «Pedro Abarca y su tratado manuscrito “Origen y progresos de la contienda sobre los primeros reyes de Aragón y Navarra, llamados de Sobrarbe” (c. 1585)», *Pedralbes*, 31, 2011, p. 113.

21. J. Conchillos, *Propugnáculo histórico, y jurídico; muro literario y tutelar; Tudela ilustrada y defendida*, Zaragoza, Iván de Ybar, 1666.

su limpieza de sangre²². Los ejemplares de *Desagravios* serían quemados públicamente en 1669²³.

En 1675, una década después de este primer enredo dialéctico, responderá La Ripa con su *Defensa Histórica del reino de Sobrarbe*²⁴. Resulta curiosa la ferocidad aparentemente impulsiva y el fervor aragonésista que demuestra el beneditino. Pareciera como si se tratara de una respuesta inmediata e impetuosa, pero cuando arremete contra el cronista navarro ya han pasado diez años desde la publicación de la obra que sentaría las bases de los posteriores trabajos de Moret. No se trata de una respuesta espontánea ni de un envite propiciado por un ofuscamiento efervescente. Se trata de una contestación bien estructurada que rebate punto por punto al navarro. La Ripa ha necesitado diez años para escribirla y justifica la tardanza en la necesidad de cotejar pruebas y documentos. Sin embargo, no resulta en absoluto casual que la publicación de su *Defensa* coincida en el tiempo con dos acontecimientos fundamentales para la monarquía y para Aragón: la finalización de la minoría de Carlos II y la entrada en escena de Juan de Austria como primer ministro. Este ambiente revuelto pero esperanzador y propicio para los aragoneses será, en última instancia, el desencadenante de la obra de La Ripa y de otras aportaciones aragonesas como el *Discurso histórico-foral*²⁵ o las embajadas y misivas a Madrid. Moret será la excusa, ya lejana, pero la realidad inmediata nos adentra en el envite aragonés por retomar su lugar en la monarquía mediante un golpe de efecto que le permita regir sus destinos desde la propia corte madrileña²⁶.

Evidentemente hay una confrontación con Navarra, pero La Ripa no busca esa batalla, aun a sabiendas de que surgiría, vista la trayectoria de Moret. El

22. Ídem, cap. I, p. 4: «Y el apellido no le ayuda». La cólera del canónigo se desbordó en su ataque al «rabioso can cerbero» al punto que tuvo de mediar la Diputación, a cuyas instancias el Consejo del Reino expidió el 16 de septiembre de 1669 un decreto que mandaba que se hiciesen informes del autor y cómplices de dicho libro y de los impresores y divulgadores para castigarlos. Vid. J. R. Castro Álava, *Historiografía. Los cronistas Moret y Alesón* (Navarra. Temas de cultura popular, 118), Pamplona, Gobierno de Navarra, 1971.

23. Roldán Jimeno Aranguren, «Pedro Abarca y su tratado manuscrito *Origen y progresos de la contienda sobre los primeros reyes de Aragón y Navarra, llamados de Sobrarbe* (c. 1685)», Pedralbes, n.º 31, 2011, p. 113.

24. Domingo La Ripa, *Defensa histórica por la antigüedad del reino de Sobrarbe, consagrada á la proteccion ilustrísima del nobilísimo y fidelísimo reino de Aragón*, Zaragoza, por los herederos de Pedro Lanaja, 1675.

25. *Discurso histórico-foral, iurídico-político, en orden al iuramento que los Supremos y Soberanos Señores Reyes de Aragón, salvada su real clemencia, deben prestar en el nuevo ingreso de su gobierno, y antes de que puedan usar de alguna jurisdicción*, Zaragoza, Herederos de Diego Dormer, 1676.

26. S. Sánchez García, «Zaragoza y don Juan José de Austria, estudio de una relación», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 69-70, 1995, pp. 169-191.

prior de San Juan de la Peña utiliza los argumentos navarros para hacerlos suyos, reivindicarlos como estrictamente aragoneses y demostrar la principalidad aragonesa en un momento clave. Al fin y al cabo, Navarra no dejaba de ser, a ojos del aragonés, una especie de apéndice de Castilla que, aunque debería de haber estado asociado a Aragón, no era considerada como un púgil de su categoría. El verdadero interés de las elites aragonesas estaba en Madrid. Por otro lado, los navarros no se quedaron atrás, y también *usaron* la oportunidad de la confrontación historiográfica como plataforma para reivindicar su papel en la conformación de la monarquía hispana. Es decir, tanto Aragón como Navarra vieron en el debate la ocasión de lanzarse a la conquista de su lugar en el panorama político del momento. Tal vez por esa trascendencia, los argumentos acabaron desbordados por los objetivos perseguidos. Aragón se llenó de razones para su asalto al poder; Navarra utilizó el altavoz literario para ganarse un puesto en la realidad política a base de argumentos históricos.

Tras este primer combate, Moret publicaría sus *Congresiones*²⁷ en 1678, a las que respondería La Ripa entre 1685 y 1686 con *Corona Real del Pirineo*²⁸, que vería la luz de forma prácticamente simultánea a los *Anales*²⁹ de Moret. La publicación de La Ripa, de nuevo emanada de un contexto político propicio como fueron las Juntas de Brazos que siguieron a las Cortes de 1678, coincide prácticamente en el tiempo con la edición del primer tomo de los *Anales de Navarra de Moret*. De hecho, en el tomo segundo de su *Corona (1686)* el monje benedictino se hará eco de la publicación de los *Anales* del cronista navarro, que no podrá ver publicados ni el segundo ni el tercer tomo de *Anales* tras su muerte en 1687. Estos tomos quedarán a cargo del padre Alesón, quien entre 1695 y 1704 le dará forma definitiva y que, ya por su cuenta, publicará los tomos cuarto y quinto (1709 y 1715).

En el enfrentamiento entre Moret y La Ripa se llegan a dar ataques personales. En *Corona real del Pirineo (lib. III, cap. V)*, se autorretrata mientras justifica sus respuestas a las afirmaciones del padre Moret. El jesuita navarro, al que llama La Ripa en esta ocasión «congresor»³⁰, en referencia a la obra de 1678³¹, se había mofado del aragonés (fol. 368) para tildarlo de pésimo escritor y peor

27. José Moret, *Congresiones Apologéticas sobre la verdad de las investigaciones históricas de las antigüedades del Reyno de Navarra* (1678), Pamplona, Pascual Ibáñez, 1766.

28. Domingo La Ripa, *Corona Real del Pireneo, Establecida y Disputada*, Zaragoza, Herederos de D. Dormer, Zaragoza, 1685, lib. III, cap. V, p. 91.

29. José Moret, *Anales del reino de Navarra*, Pamplona, Imprenta de Martín Gregorio de Zabalá, 1684.

30. Domingo La Ripa, *Corona Real del Pireneo*, lib. III, cap. V, p. 91.

31. José Moret, *Congresiones*, Licencia Real y Supremo Consejo de Navarra.

gobernante (imaginamos que en su monasterio) si se trasladaran a la realidad sus afirmaciones librescas. A ello responde La Ripa, recordando a Moret con cierta ironía sus enfrentamientos con Conchillos³².

El cronista de Navarra, punta de lanza del correspondiente *lobby* del reino, tampoco tenía en mente iniciar una confrontación con los aragoneses cuando empezó su particular tarea en 1665 (*Investigaciones*). Por ello, surge la duda de que ninguna de las dos partes pretendía, en un inicio, centrar el debate en las polémicas con su vecino. Moret escribió para recuperar la memoria del reino, ahora que se había asentado en el seno de la estructura hispánica, y para afirmar una identidad que se había forjado a la sombra de una hidalguía generalizada y unas condiciones preferentes en su relación con Castilla y el rey. La Ripa se servirá de la oportunidad brindada por Moret para recuperar el argumentario de Briz y Blancas, pero esta vez dirigido a vindicar el papel de Aragón dentro de la monarquía más que para lograr autonomía y libertades. Ambos bandos vieron en las polémicas la oportunidad de sacar a la luz sus glorias y difundirlas acá y allá. Ambos se imaginaron de la mano de Castilla dirigiendo los destinos conjuntos de los reinos. Pero, a pesar del precario equilibrio con que se desarrolló el reinado de Carlos II, ninguno de los dos logrará ir más allá de los términos en los que, previamente a la aparición de sus obras, se basaba su relación con la corona. Tendrán que esperar a la guerra por la sucesión en el trono de España para decidir una suerte que no será equitativa.

III. La Ripa y Moret: el renacer de las polémicas

Tal y como hemos adelantado en los párrafos anteriores, tras medio siglo de paz, Domingo La Ripa se erigirá en el baluarte del orgullo aragonés dentro un concepto homogéneo e inclusivo de lo hispano. Lo hará ninguneando a Navarra para demostrar su fortaleza y con la excusa de responder a las conclusiones del Padre Moret en sus *Investigaciones*. Sus argumentos servirán para confirmar, frente a los navarros, una línea sobrarbiense-aragonesa que, aunque adaptada a los nuevos tiempos, mantendrá su esencia³³: ¿dónde fue el primer poblamiento de la península para

32. Domingo La Ripa, *Corona Real del Pireneo*, lib. III, cap. V, p. 92.

33. *Ibíd.*, lib. II, cap. V, pp. 645-646. La Ripa pretende construir el linaje de los reyes sobrarbienses desde García Ximénez como rey exclusivo de Sobrarbe. Su sucesor lo será también de Pamplona al «recuperar» esta zona a los sarracenos. El título real de Aragón lo adelantará al tiempo de Sancho Abarca, mientras que el de Navarra lo ubicará La Ripa en los lejanos tiempos de Sancho el Sabio para dar mayor preeminencia a la línea sobrarbiense-aragonesa en la competencia de las dos categorías de títulos.

asentar las precedencias? ¿Hasta dónde se introdujo el diluvio sarraceno? ¿Cuál fue el primer rey cristiano tras el paréntesis islámico? ¿Dónde fue elegido y qué tierras dominaba? ¿Con qué leyes y compromisos inició su reinado? ¿Cuál era su linaje? ¿Sobre qué argumentos asentaron sus derechos sus sucesores?...

El tema del primer poblamiento, base para cimentar la antigüedad, pureza y precedencia de los aragoneses, no resulta ya tan relevante como en los tiempos de Briz. Se convierte en relevante el momento fundacional del reino, escenario en el que se generan las leyes y fueros por las que se pugnaba y en las que nada podía influir el linaje noélico y las disquisiciones bíblicas. La Ripa se decantará por las propuestas de Pellicer, posiblemente por diferenciarse del tubalismo de Moret y en el mantenimiento de la pureza primigenia, pero centra su atención en los inicios medievales del reino. Baste recordar que la impronta de Túbal, primer poblador de la península en las construcciones míticas heredadas del Medioevo, había servido tanto para apuntalar el perfil absolutista de la monarquía como para sustentar la esencia identitaria cántabra, manantial del que intentaban beber tanto Castilla, desde su vinculación astur, como los territorios vascos y Navarra, en su intento de separarse del sobrarbismo aragonés³⁴.

Elevar el edificio identitario sobre una esencia tan lejana dotaba de pies de barro una construcción en función de las rupturas que supusieron las sucesivas invasiones e interrupciones, especialmente en lo que respecta a la última y principal: la llegada de los árabes. Es ese uno de los principales puntos de diferencia entre el enfoque de Moret y el aragonés: mientras que desde Navarra se continúa pretendiendo legitimar su identidad por la continuidad desde Túbal (identidad por vínculo sanguíneo), los aragoneses lo hacen mediante la ruptura, especialmente la provocada por los árabes y que concede la oportunidad de iniciar un nuevo proyecto con un nuevo pacto. Esa es la clave del sobrarbismo aragonés. No importa tanto el origen de sus reyes y pobladores como la ruptura del orden establecido y el establecimiento de un contrato entre el pueblo y su líder. La vinculación a los primeros pobladores empezará a ser importante únicamente cuando Aragón tenga que encontrar su lugar en la monarquía y demostrar su principalidad y precedencia. Mientras que para Navarra ese *continuum* conecta los primeros tiempos con los presentes, para Aragón solo es necesario conectar el presente con el inicio del reino. A partir de ese instante fundacional sí resultará fundamental demostrar que el pacto inicial se renueva tácitamente con cada nuevo monarca. La legitimidad del rey acude por que el reino consiente su acce-

34. Ricardo García Cárcel, *La herencia del pasado. Las memorias históricas de España*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.

so al trono a cambio de unas concesiones. En definitiva, el sobrarbismo no es otra cosa que un intento de demostrar que la monarquía nunca dejó de ser electiva.

Por este motivo La Ripa también se enfrentó a un nuevo rival, aragonés como él: José de Pellicer y Ossau. Este poeta, filólogo e historiador, cronista en Castilla y en Aragón, fue un reputado genealogista y humanista que polemizó con Quevedo o Lope de Vega en su defensa del culteranismo de Góngora. En su calidad de constructor de genealogías, Pellicer realizó un intento de permutar unos mitos por otros, inventando un reino aragonés coetáneo a los godos para conciliar la antigüedad aragonesa³⁵. Su conato de construir un mito aragonés en detrimento del sobrarbiense será frontalmente atacado por La Ripa³⁶, quien también intentará refutar al jesuita jacetano Pedro Abarca³⁷, contrario al reinado de García Ximénez y los primeros reyes disputados³⁸. La Ripa, además, se mostrará muy crítico con unas vinculaciones vascas y añadirá unas referencias a la figura de *Garcimiro*³⁹, compartidas con Oihenart, además de atacar las alusiones de Pellicer en clave panhispánica, cuando intenta hacer pasar los *Fueros de Sobrarbe* como los *Fueros de España*⁴⁰, algo que tendrá su eco en la literatura histórico-jurídica del siglo XVII⁴¹.

35. Eva Botella Ordinas, «Fruto, cruz y árbol de vida: Diseño castellano de un reino de Sobrarbe», *Espacio, tiempo y forma. Serie IV, Historia moderna*, 11, 1998, pp. 179-214.

36. Domingo La Ripa, *Corona Real*, lib. II, cap. I, pp. 365 y 374.

37. La Ripa entabla una ardua polémica a cuatro bandas con Oyenart, Pellicer, Abarca y, por supuesto, con Moret (vid. Domingo La Ripa, *Corona*, lib. II, cap. I, p. 380), aunque con Abarca le unirán varias opiniones, por lo que su relación con el jacetano fluctuará entre la crítica más profunda a la coincidencia, sobre todo en la preeminencia de un Sobrarbe situado a la misma altura que Aragón y Navarra (vid. Pedro Abarca, *Los Reyes de Aragón en Anales históricos: distribuidos en dos partes*, Madrid, Imprenta Imperial, 1682. Primera Parte, epílogo de la obra).

38. Una de las cuestiones fundamentales para impugnar un temprano reino de Sobrarbe se basa en la teoría de Pellicer, compartida por Abarca (*Los Reyes de Aragón en anales históricos*, año 734), de situar el refugio de *Munuz* (*Aymon*) en estas tierras. Este personaje, a quien la leyenda sitúa como yerno de Eudón, sería la constatación de la presencia musulmana en esas tierras hacia el 734 (vid. Domingo La Ripa, *Corona Real*, Tomo II, Preludio II, s. III, n° XXXVIII, pp. 214 y ss.). Es más, Pellicer, basándose en Isidoro de Badajoz, negará cualquier conato de rebeldía cristiana hasta el 754 (vid. J. Pellicer de Ossau y Tovar, *Annales de la monarquía de España después de su pérdida*, Madrid, Francisco Sanz, 1681, lib II, n° 22, p. 65). La Ripa responderá argumentando que aunque no hubiera habido reino resulta seguro que los habitantes de las montañas de Sobrarbe se levantaron en armas contra los invasores, añadiendo que la entrada a Francia se produjo por el Languedoc y no por Aragón.

39. Domingo La Ripa, *Corona Real*, lib. II, cap. I, p. 342.

40. J. Pellicer de Ossau y Tovar, *Annales*, lib II, p. 64, n. 21 y lib. III, n. 18, citado por La Ripa, *Corona Real*, lib. I, cap. IX, pp. 110 y ss.

41. Vid. A. Fernández Prieto y Sotelo, *Historia del Derecho de España, en que se comprehende la noticia de alguna de las primitivas Leyes, y antiquissimas Costumbres de los Españoles: la del Fuero antiguo*

Como vemos, lo que había sido una confrontación bilateral navarro-aragonesa en tiempos de Briz y Góngora de Torreblanca, se convertía ahora en una confrontación más compleja, con la intervención de autores que, aunque aragoneses de nacimiento, escriben desde nuevas perspectivas, como Pellicer y Abarca. Habría que preguntarse si algún navarro se atrevió a romper con los dogmas dominantes o si las novedades que introdujo Moret resultaron ser una «modernización» suficiente que encauzará la ruta identitaria navarra. Frente a él, La Ripa optará por una *ruta nacional* aragonesa reafirmando en su sobrarbismo: «el establecimiento de la Dignidad Real en esta parte del Pyreneo fue luego inmediatamente, después de la infeliz ocupación mahometana; así lo publica la común opinión, y lo esfuerzan fuertes conjeturas. Sin que se halle cosa alguna, que lo contradiga, como confiesa el P. Moret»⁴².

En el cruce de polémicas, tal y como ya había sucedido en las oleadas anteriores, los púgiles optarán por tomar argumentos de los enemigos y usarlos contra ellos. Ese «Ex hostibus et in hostes» del dintel de la portada de las *Investigaciones*⁴³ logrará su máxima expresión en la obra de La Ripa, *Defensa Histórica por la Antigüedad del Reyno de Sobrarbe* (1675), convertida en una respuesta punto por punto de las *Investigaciones* de Moret (1665), calificado de *nugigerulo congresor*⁴⁴. Pero La Ripa, tal y como hemos adelantado, no renunciará a discusiones con las informaciones venidas de otros autores, tanto de su propio reino como allende los Pirineos. Nos referimos especialmente a las críticas de La Ripa hacia las tesis de Oihenart, Pellicer y Abarca.

Contra el historiador suletino, La Ripa comparte causa con Moret en el afán de demostrar la antigüedad del reino, aunque mostrándose divergente en el título y en la definición territorial⁴⁵. Con respecto a sus colegas aragoneses enta-

de los Godos, y las que se establecieron después que comenzó la Restauración de esta Monarquía, hasta los tiempos del rey Don Alonso el Sabio, en que se instituyeron el Fuero Real, y las siete Partidas, Madrid, imprenta de Antonio Sanz, 1738, pp. 174-180 (en la edición de 1821).

42. Domingo La Ripa, *Defensa histórica*, tít. II, cap. I, p. 63.

43. José Moret, *Investigaciones históricas de las antigüedades del Reyno de Navarra*, Pamplona, 1665 (Pascual Ibáñez, Pamplona, 1766, reeditado por la Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao 1971); vid. Alfredo Floristán Imízcoz, «Ex hostibus et in hostes», en *La monarquía de las naciones...*, pp. 327-254.

44. Domingo La Ripa, *Corona Real del Pireneo*, lib. II, cap. V, p. 764. El calificativo vendría a significar algo parecido a vendedor ambulante de baratijas y bagatelas para mujeres (embaucador, buhonero o quincallero).

45. Domingo La Ripa, *Corona Real del Pireneo*, lib. II, cap. V, pp. 670-673. El argumento de Oihenart parte de la omisión de cualquier referencia en fuentes hispanas o francas a reyes en esta parte del Pirineo hasta el 824 y en el supuesto dominio sarraceno de Bahaluc en aquellas tierras en tiempo

blará arduas discusiones sobre lo que él consideraba básico en su argumentario. Ejemplo de ello son las críticas a la validez de la *Crónica de San Juan de la Peña*, atribuida a Pedro Marsilo⁴⁶ y tenida por Biblia por Briz y La Ripa⁴⁷. Por ello atacará constantemente a Pellicer a lo largo de sus dos obras más relevantes y no se quedará atrás con Pedro Abarca, a quien criticará furiosamente por su cercanía a las tesis de Moret y Pellicer⁴⁸.

El P. Abarca ha escrito en Salamanca, y ha mirado estas cosas de muy de lejos; y por ser tanta la distancia ha perdido de vista muchas cosas de las Montañas de Aragon: yo las tengo presentes cada día, y puedo dar dellas mejor cuenta que este analista [...]: pero admira, que aviendo leído a Çurita, Blancas, y don Juan Briz Martínez, no aya reparado en las Memorias, que ay destos Pueblos (Comarca de Jaca) en Monumentos antiguos, aviendo tenido tanto tiempo para publicar sus Anales, que mas parecen Elogios dedicados a Oyenarto, Pellicer, y Moret, que historias de los reyes de Aragon⁴⁹.

De hecho, Abarca llegará a ser contratado por las instituciones navarras para desbaratar el intento institucional aragonés de responder con las obras de La Ripa a las *Investigaciones* de Moret. Contar con un aragonés entre sus filas, por demás cronista del rey para los reinos de Castilla, podía ser altamente valioso. El curioso caso de Pedro Abarca merecería ser estudiado más en profundidad. Su triple cualidad de historiador aragonés al servicio del rey para Castilla y los encargos llevados a cabo para instituciones navarras⁵⁰ le sitúan en

de Ludovico Pio (A. de Oihenart, *Noticia de las dos Vasconias, la Iberica y la Aquitana, trad. pp. J. Gorosterrastu*, tirada aparte de la *Revista Internacional de Estudios Vascos*, San Sebastián), lib. II, cap. X, p. 273), argumento que tomarán Moret y Pellicer para negar la autonomía sobrarbiense desde García Ximénez.

46. Edición crítica del manuscrito aragonés de Tomás Ximénez de Embún (Edición digital a partir de la Zaragoza, Imprenta del Hospicio, 1876, *Estudio Preliminar*, cap. II, p. VIII). Ignacio de Asso, Joaquín de Traggia a finales del siglo XVIII ya establecieron la inexistencia de este Marsilo.

47. José Moret, *Investigaciones*, lib. II, cap. XI, nº 81, pp. 554 y ss. Moret ironiza sobre esta fuente dado que siempre hace referencia al título de Navarra, algo reconocido por Briz y La Ripa y acomodado con cierta estridencia en sus argumentos (mayor fama de Pamplona).

48. Abarca negará, siguiendo la estela de Oihenart y Pellicer, un Sobrarbe independiente y con grado de reino y lo nombrará como condado sujeto al conde franco Aureolo (Domingo La Ripa, *Corona Real del Pireneo*, lib. II, cap. V, p. 698); vid. R. Jimeno Aranguren, «Pedro Abarca...», p. 110.

49. Domingo La Ripa, *Corona Real del Pireneo*, lib. II, cap. V, pp. 833-834.

50. Ídem, p. 96. La paradoja reside en que las tesis de Abarca eran claramente procastellanas y cercanas a un goticismo de cuño castellano, algo que chocaba plenamente con las tesis indigenistas y cantabristas tradicionales de los navarros. Tal vez por eso nunca finalizó el trabajo encargado por las instituciones navarras para lograr ventaja en las polémicas entre La Ripa y Moret. Que un aragonés se posicionara con los navarros podía resultar demoledor (pp. 121-123).

el foco de las disputas historiográficas de finales del XVII. Abarca entiende, al igual que Pellicer, que la fantasía sobrarbiense surge de la *Crónica de San Juan de la Peña*, donde se urde la cadena de imaginaciones y reyes fingidos para igualar a Aragón con el resto de reinos⁵¹. No se ocupa de los fueros, lo que ratifica su enfoque favorable al poder del rey y a Castilla, una visión general y unitaria de España.

Tras la *Crónica de San Juan*, Abarca aludirá a otros *inventores* como Tomic o Vagad. Para ello tomará argumentos de Zurita, Molina, Pellicer o Moret, que le servirán para burlarse de, al menos, tres de los siete primeros reyes. Culpará a Vagad de elevar la *Historia de Marsilio* y proyectarla para que sea recepcionada por Desclot, Sículo, Beuter. Abarca no dejará indemne a nadie que haya tratado de los primeros reyes de Sobrarbe: Zurita, Garibay, Morales..., pero se ocupará principalmente de Blancas, a quien acusa de persuadir a los diputados a favor de las tesis sobrarbienses, y de Briz, al que criticará desde el respeto con las tesis de sus impugnadores Pierre Marca y Oihenart. Moret será su gran argumento de autoridad para criticar los primeros reyes, pero, para asentar su desconfianza hacia los *seis Fueros* iniciales, se servirá del marqués de Mondéjar y de Pellicer.

Por todo ello, La Ripa se distanciará de un Abarca que le valora su respuesta a Moret⁵², y también de su contemporáneo Pellicer⁵³, negadores de los primeros y disputados reyes (Pellicer llega a llamar *reino imaginario* a Sobrarbe⁵⁴) y gene-

51. Ídem, p. 99.

52. Pedro Abarca, *Orígenes y progresos*, cit. en R. Jimeno Aranguren, «Pedro Abarca...», p. 110.

53. Domingo La Ripa, *Corona Real del Pireneo*, lib. I, cap. XII, pp. 302 y ss. y lib. II, cap. V, p. 653. La diferencia entre Abarca y Pellicer es que mientras que el primero lo ubica entre los siglos VIII y IX, el segundo lo sitúa «después de la pérdida de España». Hay que recordar que Briz Martínez también creyó y propagó un *pseudo Alarico* como rey aragonés en el siglo VII (vid. Juan Briz Martínez, *Historia de la fundación y antigüedades de San Juan de la Peña y de los reyes de Sobrarbe, Aragón y Navarra, que dieron principio a su Real Casa, y procuraron sus acrecentamientos, hasta, que se unió el Principado de Cataluña con el de Aragón*, Zaragoza, Juan de Lanaja, 1620, ejemplar facsímil, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 1998, lib. II, cap. VI, p. 291). Este punto fue agriamente contestado por Oihenart (*Noticia de las dos Vasconias*, lib. II, cap. VII, p. 81), que llega a decir de Briz que en vano se esfuerza «en engañarnos, al inculcar, exhibiendo escrituras referentes a la fundación de las villas de Nove y Ardenes, y apoyándose en ellas, que en la era 608 dominaba como nuevo rey de Aragón, cierto Alarico, jamás elegido, nunca oído hasta el presente. En verdad, tiene que ser poco versado en la lectura de historiadores y antiguos documentos el que no conozca que estas escrituras son invención de algún inducto falsario».

54. J. Pellicer de Ossau y Tovar, *Annales*., lib. II, pp. 65-66, n. 23, rebatido por La Ripa, *Corona Real*, lib. I, cap. XII, p. 299.

ralizadores de los primitivos fueros. Unos fueros que quieren hacer válidos para toda la *España Cristiana*⁵⁵, desdibujando así la peculiaridad aragonesa.

Lo cierto es que, más que sobre el origen de los primeros reyes, La Ripa dedica sus esfuerzos a demostrar su existencia y la de las leyes previas a su alzamiento, para lo que intentará refutar a un Oihenart que había logrado poner en serios aprietos a los apologistas del pactismo desde su base sobrarbiense con críticas concretas, directas y bien argumentadas⁵⁶:

Blancas, se vio como ahogado, no sin grave motivo, cuando sostuvo que aquellos reyes controvertidos, mandaron, más que a las pamploneses y navarros, a los sobrarbeses. (...). Y como luego refiere que García Jiménez entró con su ejército en Navarra, ocupó algunas plazas de Cantabria con las armas, y que su hijo, García Iñiguez, conquistó a Pamplona, y que toda la comarca de Navarra se sometió a su nieto, Sancho (...): todos aquellos argumentos, que hemos aducido poco ha, para desechar los reyes navarros, o pamploneses (...), van igualmente contra estos Soberanos fabulosos de Sobrarbe. Mas Blancas y Briz Martínez los defienden terminantemente, y luchan con las mayores fuerzas de su ingenio por su conservación, como por la más singular gloria de su pueblo, juzgando que es de gran importancia para la antigüedad del reino de Aragón, a fin de remontarla mucho más, para su dignidad, de tal suerte que sobrepuje aún los orígenes del reino. de Navarra⁵⁷.

Pero a La Ripa no le interesa realmente esa antigüedad ligada a los primeros tiempos. La esencia de las tesis de La Ripa se dirige más al vacío generado y compensado por unas leyes que precedieron a los reyes. Y lo más importante: los navarros no participaron de ello porque se precipitaron a elegir nuevo rey⁵⁸.

55. Domingo La Ripa, *Corona Real del Pireneo*, lib. I, cap. X, p. 186. La polémica con la versión panhispánica de los fueros sobrarbienses en Pellicer es rechazada frontalmente por La Ripa aduciendo la imposibilidad física y geopolítica de una Liga o Unión católica. Los fueros se establecieron en Sobrarbe y a ellos se «unieron» los navarros (lib. I, cap. VII, p. 82 y lib. II, cap. V, p. 648). La elección de la intitulación real se hizo en función de la mayor fama de la ciudad de Pamplona y «por aver sido la gente mas principal» (lib. I, cap. VIII, p. 96).

56. Oihenart centrará sus ataques a los primeros reyes (indistintamente si son tenidos por pamploneses o sobrarbienses) en los capítulos X y XI de su *Noticia de las dos Vasconias* y en la naturaleza «francesa» de Íñigo Arista (Bigorra). La Ripa intentará refutarle en sus dos obras principales, especialmente en *Corona Real*, Lib. II, cap. V, pp. 670 y ss., para lo cual no dudará en «robar» los argumentos de su rival Moret en *Investigaciones* (lib. II, cap IV, pp. 304 y ss., n. 6). Diferentes alianzas se verán al intentar probar la legitimidad y primogenitura de Ramiro I, en este caso Moret alabará la erudición de Oihenart (*Investigaciones*, lib. III, cap. II, p. 624) y atacará los argumentos aragoneses, en especial los de Briz Martínez.

57. A. de Oihenart, *Noticia de las dos Vasconias*, lib. II, cap. X, pp. 259-260.

58. Domingo La Ripa, *Corona Real del Pireneo*, lib. II, cap. V, p. 738. La Congresión de Moret aludida es la trece.

La continuidad ya no es lo principal; cobra relevancia precisamente la ruptura de ese *continuum* como escenario para la generación de un marco político propicio a unas leyes. Túbal o los linajes noélicos y su proyección en los *españoles verdaderos*, o la herencia de los godos quedan demasiado lejos para ser tenidos en cuenta⁵⁹.

Se comprueba que, mientras que el discurso de Moret se dirigía más hacia los primitivos pobladores en la búsqueda de los cimientos de un edificio étnico-geográfico-político y su continuidad, La Ripa vuelve la vista hacia la llegada del islam para asentar una construcción de base jurídica, pero sin descuidar el flanco de la antigüedad. Es en ese momento cuando se configura la identidad aragonesa. No le importa ya Túbal ni la dependencia de las primeras generaciones.

En *Corona Real del Pirineo*⁶⁰, escrita tras las *Congresiones* y los *Annales* de Moret, los *Reyes* de Pedro Abarca y los *Annales* de Pellicer, La Ripa dará rienda suelta a un antigoticismo amparado en una justificación de la *halosis*⁶¹ de los árabes como castigo divino. Castigo del que quedarían exentos un reducido grupo de *pueros* primitivos españoles, elegidos al modo de Noé⁶².

Mientras que el objetivo de Moret era demostrar la *eternidad* de la nación cántabra, sustentada desde el cetro navarro alrededor del golfo de Vizcaya, para lo que debía mirar muy atrás, al inicio de los tiempos⁶³, La Ripa tenía entre sus fines apuntalar un sistema foral que, aunque en vigor, llevaba un siglo herido de muerte. Y precisamente en la época en las que escriben ambos, tras la guerra de los Treinta Años, con la llegada de Carlos II y las expectativas que se abrían, parecía posible reformular ciertas conexiones con la monarquía. Y además pretendía La Ripa dejar en evidencia las tesis de Moret para salvaguardar el honor, la historia y la gloria de Aragón, aunque para ello hubiera que hacer de Pamplona la Patria del hereje Vigilancio⁶⁴.

59. Ídem, *Defensa histórica*, tít. III, cap. V, p. 150.

60. Ídem, *Corona Real del Pirineo*.

61. *Ibíd.*, lib. I, cap. VIII, p. 111.

62. *Ibíd.*, lib. I, cap. I, p. 1.

63. La idea de ruptura no entra en la composición de Moret. Tal es así que evita cualquier alusión a los interregnos aragoneses y se cuida de indicar que los *fueros* no eran otra cosas que las leyes ancestrales de los vascos, que regulaban las elecciones de los reyes (vid. José Moret, *Annales*, lib. IV, ap. II, p. 139). Para todo lo relacionado con el paradigma godo y su significado en la modernidad de la península vid. Pablo Fernández Albaladejo, «Entre 'godos' y 'montañeses'. Avatares de una primera identidad española», pp. 123-154.

64. Domingo La Ripa, *Corona Real*, lib. I, cap. VI, p. 41. La Ripa se hace eco de una polémica arraestrada desde Briz (lib. III, pp. 567 y ss.) y continuada por Moret para determinar la patria del hereje Vigilancio y las tierras en las que predicó, entre las que sitúan los aragoneses a Calahorra. Por ello, Moret (*Investigaciones*, lib. I, cap. IX), que englobaba la ciudad del Ebro en su Cantabria-

Uno de los puntos en los que incide La Ripa en *Corona Real* se basa en las dudas de Moret a la hora de establecer el inicio de la dignidad real en el Pirineo⁶⁵. El benedictino le acusa de quitar (*Investigaciones*) y poner (*Congresiones*) la corona de forma arbitraria a García Ximénez⁶⁶, de lo cual se defiende Moret afirmando que es *manifiestamente falsa*⁶⁷ su acusación, y que no debe confundir los varios temas que se aúnan en la polémica figura de este rey: Si fue rey y cuándo lo fue, dónde fue elegido y qué título portó⁶⁸, el origen de su escudo, y la elección del justicia junto a la puesta en marcha de los Fueros⁶⁹.

Pero aun entre dos adversarios tan vehementes como el benedictino y el jesuita, podemos encontrar puntos de encuentro. Uno de ellos es la pronta elección del primer rey, aportando los argumentos de un selecto grupo de autores, que incluso en Moret son principalmente aragoneses. Resulta evidente el interés que ambos bandos demuestran en este asunto, vital para sustentar los aparatos ideológicos y las construcciones identitarias que subyacían tras sus escritos. En el caso de Navarra queda patente el vacío historiográfico de sus trayectoria nacional, principal escollo que tuvo que superar Moret⁷⁰.

Vasconia, responde airadamente refiriéndose a una Calahorra oscense que ciertas teorías ubican en Loarre. De cualquier manera, La Ripa concluye que Calahorra (de los vascones) pertenece al convento jurídico de Zaragoza (*Corona Real*, lib. I, cap. VI., p. 57), lo que socaba la soberanía vascona y navarra del Ebro.

65. Dudas que también explicitan autores como Pellicer y Oihenart, negadores de los primeros reyes de Sobrarbe al aceptar como válida una supuesta *Canónica de San Pedro de Taberna*, donde entre narración y leyenda se relata la huida del Obispo Bencio a Ribagorza. Los datos aportados hacen suponer que no existía rey en Sobrarbe, región más cercana y destino lógico del supuesto viaje narrado por el monje Belascut y añadido al *Libro Gótico* de San Juan de la Peña. vid. D. La Ripa, *Corona Real*, lib. II, cap. V, p. 658 y ss. La sentencia más firme contra los primeros reyes la realiza Oihenart (*Noticia*, lib. II, cap. IX, p. 243) al concluir que ante la ausencia de memoria de ello en los autores antiguos se colige que no existieron. Oihenart centra sus ataques a quienes otorgaron verosimilitud a los controvertidos reyes (navarros o sobrarbienses) en los capítulos IX y X de su libro II. A favor de la verosimilitud de la *Canónica de Taberna* argumenta en el cap. X, pp. 272 y ss.

66. Moret (*Investigaciones*, lib. II, cap. III, p. 277) empieza hablando de ciertos reyes previos a Arista que, aunque dudosos, son corroborados por «la fama y tradición común y fuertes congeturas». En *Congresiones* (Congressión IV) parece decantarse por la validez de esta tradición. vid. Domingo La Ripa, *Corona Real*, lib. II, cap. V, pp. 687 y ss.

67. José Moret, *Congresiones*, Congressión IV, p. 93.

68. Domingo La Ripa, *Corona Real*, lib. II, cap. I, pp. 412 y ss. En este punto La Ripa se defiende de la negación y desprecio de Moret del nombre y título de Sobrarbe, amparándose en Sebastiano de Salamanca, Isidoro de Beja y Sampiro de Astorga y denominándolo como «silenciado, encantado e ignorado» (*Investigaciones*, lib. II, cap. XI, pp. 513 y ss.).

69. José Moret, *Investigaciones*, lib. II, cap. III, p. 298.

70. Ídem, lib. II, cap. III, p. 277.

El matiz estriba en que, mientras Moret, al que La Ripa acusa de escribir con «líneas muy torcidas», lleva hasta el último extremo la posesión ininterrumpida de los naturales de las tierras pirenaicas, La Ripa acepta, aunque solo sea para contradecir a Moret, que las tierras de Aragón fueron «contaminadas»⁷¹. No se trataba de dar al reino del Ebro un *inicio advenedizo*, restándole la calidad de «solar nativo español», tal y como lo expresa Moret⁷² (la ironía de La Ripa lleva a tildar de «cronista de Aragón» a Moret por su enconada defensa como solar libre y no liberado del Pirineo). Los planes del benedictino no podían admitir una tenencia ininterrumpida⁷³. Era necesaria una conquista para poder vertebrar su secuencia: pérdida-recuperación-disensiones en el reparto-consultas-fueros-erección de rey. Es significativo que La Ripa colma prácticamente el libro II de argumentos que amparan el dominio de naciones extranjeras sobre Pamplona y Navarra en su *Corona Real del Pireneo* (cap. II, III y IV; el capítulo V no es más que un resumen necesario ante tan descomunal despliegue) y así trata de derribar el edificio de Moret desde sus cimientos. Y para ello no duda en tomar argumentos de autores como Pedro Abarca, con el que disenta en otros ámbitos, como la erección del primer rey de Sobrarbe⁷⁴.

Al quebrar la continuidad eterna del pueblo vasco-cántabro en su versión más pura y significativa (la Navarra de Pamplona, Deyo y Berrueza) arremete contra el bastión del navarrismo que representaba Moret para hacer de este pequeño reino un baluarte de fidelidad a la par que de excepcionalidad por su pureza y antigüedad.

Por ello, si admite la presencia de sarracenos (y de francos) lo hace tanto para preparar el camino de unos fueros fundacionales como para asentar la precedencia del núcleo Sobrarbe-Aragón: fue Sobrarbe el que primero se liberó y dio inicio al reino independiente, y «no pudo comenzar en Pamplona, porque estuvo muchos años sujeta a los Moros, Asturianos y Francos». Después se fue recuperando y conquistando tierras⁷⁵. La Ripa es contundente para asentar que el principio del reino

71. Domingo La Ripa, *Corona Real*, lib. II, cap. I, p. 411.

72. José Moret, *Congresiones*, Congresión IV, p. 109.

73. Domingo La Ripa, *Corona Real*, lib. II, cap. I, p. 414, «Que el Territorio Aragonense no estuvo siempre poseído por sus Naturales. Sino dominado de los Arabes, y Sarracenos». Para esta afirmación se apoya en Oyenart, Blasco de Lanuza, Martín Carrillo o Briz. Incluso toma los argumentos de Pedro Abarca, tan criticado en otros puntos.

74. Pedro Abarca, *Los Reyes de Aragon en Anales históricos, El Ante-Regno*, año 803, n° 22, p. 27. Citado por Domingo La Ripa, *Corona Real*, lib. II, cap. V, p. 652. Resulta curioso el título de rey español para un «infiel».

75. Ante la insistencia de Moret en desprestigiar el argumento sobrarbiense de La Ripa, el benedictino aporta datos sobre el papel de Aznar, primer conde de Aragón, en la «reconquista» de Jaca, tal y como lo reflejan autores como Pellicer, Blasco de Lanuza o P. Abarca. Vid. Domingo La Ripa, *Corona Real*, lib. II, cap. I, p. 416.

tuvo lugar en Sobrarbe, donde aunque llegaron brevemente los moros, no llegaron ni francos ni asturianos. Este dato resulta de gran calado, ya que la dependencia de Asturias suponía una carga por las connotaciones políticas que representaba en el siglo XVII; por no hablar de la subordinación a una Francia enemiga y hereje. Por ello, La Ripa, tras esgrimir a Zurita, Blancas y Briz, además de Vagad⁷⁶ o Sículo y autores de Vasconia como Garibay, Oienarto, Sandoval y Torreblanca, cree demostrar sus proposiciones: «no aviendo podido tener principio la Dignidad Real en Pamplona, por aver estado dominada de aquellas naciones de Sarracenos, Asturianos, y Francos, que empeçò por Sobrarbe, que consiguió antes su libertad»⁷⁷.

Moret escribía como responsable de la memoria de un reino que había dado su primer paso para rescatarla y utilizarla, si llegaba el caso, para reclamar su lugar de privilegio dentro de la monarquía hispánica tras una larga trayectoria de vínculos con la realidad norepirenaica que contaminaba su integridad *española*⁷⁸. Pero además, y tal vez lejos de su intención, traspasó las líneas rojas de los fundamentos de la identidad de Aragón. Pero su proyecto era de mayor alcance. Tal vez porque la identidad de los navarros no se había formado sobre los mitos sobrarbienses y sí sobre unos *fueros históricos*; tal vez porque sus bases identitarias estaban interiorizadas, o tal vez porque su objetivo era alcanzar un status similar a los hidalgos universales de las vecinas provincias occidentales; el caso es que el conflicto se desencadenó porque en Aragón sí habían construido su marco referencial sobre unos pilares que ahora veían peligrar.

España, esa España de la que tanto hemos oído hablar como nación eterna y etérea, siempre ha estado sometida a fuerzas contrapuestas. Por un lado, las que nacían de las identidades particulares de cada uno de sus territorios; por otro, las que pretendían fortalecer el proyecto común.

Unas y otras se dotaron de poderosos argumentos para construir imágenes y símbolos colectivos que buscaban apuntalar un determinado sistema de poder, un determinado *statu quo*. Todos miraban al pasado, pero algunos empezaban a mirar al presente y al futuro según el molde que se estaba implantando en el resto de Europa con el advenimiento de los grandes Estados modernos.

Es en ese momento cuando las estructuras y reinos medievales ven peligrar su edificio identitario y comienza una desigual pugna por conservar su identi-

76. Resulta curiosa la opinión de La Ripa sobre Vagad, ya que, aunque lo incluye entre sus argumentos de autoridad, al compararlo con Zurita lo considera autor de «*relaciones verbosas*», comparadas con el «*prudente y grave juicio*» de Zurita. Vid. Domingo La Ripa, *Corona Real*, lib. II, cap. I, p. 427.

77. Domingo La Ripa, *Corona Real*, lib. II, cap. II, p. 424.

78. En las fechas en las que escribe Moret, Luis XIV seguía intitulándose como Luis III de Navarra.

dad, sabedores de un desenlace poco propicio. La tendencia unificadora era imparable y solo quedaba la lucha por conservar rasgos, costumbres y, sobre todo, cuotas de poder.

Navarra y Aragón, nacidos del mismo tronco pirenaico y compañeros del viaje en la construcción de España, lucharon con todas sus armas para lograr reconocimiento, amparo y un lugar en la monarquía para sí y para unas elites deseosas de conservar sus privilegios. Y una de las principales armas fue la historia, con los cronistas como soldados al servicio de la causa.

Fueron los historiadores los que buscaron y esgrimieron argumentos para justificar precedencias, concesiones, privilegios o, simplemente, reivindicar pureza, honor y fidelidad. Fueron ellos los que hallaron, deformaron o inventaron datos que hicieran plausibles, veraces y duraderos proyectos identitarios particulares en un momento en que parecía imposible no ser absorbido por fuerzas mayores. Fueron historiadores como Moret o La Ripa los que batallaron entre documentos y leyendas para arrebatar argumentos y usarlos en su beneficio. Fueron ellos los que permitieron que Navarra y Aragón permanecieran vivos más allá de lo que nadie imaginó. Entre sus esfuerzos y el rumbo de una monarquía en clara declinación, las identidades de estos reinos llegaron hasta el siglo XVIII preparadas para continuar sus combates.

Lo que en un principio no estaba destinado a ser más que un daño colateral de una batalla que ponía sus ojos en Madrid, se convirtió en la más larga y virulenta guerra dialéctica de cuantas se desarrollaron en el XVII. Desde el primer rey a la discusión por cuáles fueron las tierras siempre poseídas y cuáles conquistadas⁷⁹, desde el primer poblador a la continuidad, desde la vinculación con los visigodos a la sujeción al vecino, la deslealtad, la línea masculina, la ortodoxia religiosa...; ninguno ganó; o mejor: como suele pasar, un tercero fue el beneficiado: la monarquía.

Nadie sabe lo que hubiera podido suceder si los aragoneses, cuyo peso en la península no podía ser residual, hubieran mantenido su excepcionalidad tras la llegada del Borbón. Es posible que la normalización no se hubiera dado. Que Navarra y pequeños territorios periféricos conservaran sus leyes y valores podía ser admisible e incluso decorativo; que la mitad de un país fuese diferente no hubiera podido entenderse en un proyecto unificador. La guerra fue la excusa. Tal vez sin ella, no estaríamos hablando de España.

79. José Moret, *Congresiones*, Congresión IV, pp. 107 y ss. Llama la atención la agria respuesta de Moret ante la acusación de poner a Aragón entre las tierras conquistadas (Domingo La Ripa, *Defensa histórica*, tít. III, cap. VIII, pp. 193-196). El navarro se defiende alegando que él puso en sus *Investigaciones* (f. 505) al reino aragonés entre las siempre poseídas por sus naturales, siguiendo la *Crónica* del obispo Sebastián (Alfonso III).

